

LA CURACIÓN DE LOS ENDEMONIADOS

La guérison des démoniaques. Etudes théologiques et religieuses, 54 (1979) 231-241

Los Evangelios relatan las curaciones de los posesos como una de las características de la obra de Jesús. Marcos las sitúa, hasta el mismo momento de la Pasión, en el centro de su narración. Se presentan no sólo como el test del servicio que ha llevado al Siervo de Dios a morir en las tinieblas de este mundo, sino también como el test de su libertad que destruye el poder de los demonios y libera a los que son sus prisioneros. Conviene subrayar claramente estos dos aspectos que, en la Iglesia y en la teología, al menos en occidente, han sido olvidados o dejados de lado. No sabemos qué hacer con estas curaciones, nos estorban. El espíritu moderno, surgido de la Ilustración, se ha cargado los mitos hasta el punto que hoy resulta ridículo hablar del diablo. Hoy los exorcismos nos parecen anacrónicos y, a veces, nos encontramos con unas supersticiones horribles. No podemos ni debemos olvidar las monstruosidades atribuidas a la brujería y a los intentos de expulsar al demonio. Nos recuerdan a los cristianos que jamás estamos al abrigo de lo inhumano. La teología debe afrontar el tema de la posesión diabólica. Estamos hipotecando una de las ideas centrales del NT cuando la corregimos con nuestros conocimientos científicos haciéndola pasar por una manera impropia de hablar de trastornos psíquicos y mentales. Así no hacemos justicia a los textos bíblicos o a las tradiciones históricas. Corremos el riesgo de reducirlas a simples anécdotas y de privarnos de unos elementos indispensables para nuestra reflexión actual.

1. PECADO ORIGINAL, NOCIÓN INAPROPIADA

Nueva hermenéutica

No se trata de hacer apología barata, sosteniendo una concepción del mundo ya superada. Al contrario, como teólogo creo que debemos decir con palabras nuevas y más unívocas lo que es el pecado original. Como exegeta creo que la mejor manera de hacerlo es substituyendo la noción dogmática de pecado original por la noción neotestamentaria de posesión diabólica. Asumo la herencia cristiana, pero estoy convencido de que hay que eliminar ciertos malentendidos tan antiguos como el mundo. La expresión "pecado original" sugiere que lo que la Biblia llama pecado se transmite de padres a hijos y se relaciona muy de cerca con la sexualidad. Ahora bien, esta concepción, además de no ser bíblica, ha llevado al cristianismo a teorías y prácticas peligrosas. En realidad, el pecado original señala esta mezcla de culpa y fatalidad que, misteriosamente, teje cada una de nuestras vidas. Todo hombre nace en un mundo dominado por el mal; está personalmente atrapado en las redes del pecado. Se halla implicado en su propia culpa y su vida individual atestigua el destino de los hijos de Adán. Además, el pecado no cabe en los límites de la historia individual: la fatalidad aparece en los acontecimientos que revelan una comunidad de destino sobre la tierra. Sí, cada hombre es responsable de sus actos, en la medida en que su corazón participa en ellos. Con todo, no es el amo absoluto de sí mismo, ya que es heredero de sus antepasados, hijo de su tiempo, víctima de su ambiente y de sus propios instintos. Los gérmenes de la enfermedad, de los conflictos, de la autodestrucción se encuentran tanto en las comunidades humanas como en los individuos; y rebelándose contra la voluntad divina, las sociedades y los individuos atentan contra la fuerza creadora que les da la vida.

Ambigüedad del progreso

Este panorama del hombre y del mundo no encaja con las ideas optimistas de civilización y de progreso de nuestra cultura occidental. Pero debemos plantearnos seriamente qué es lo que en realidad debemos al "progreso" y en qué medida hemos sido ofuscados por sus consignas. Los movimientos más fecundos del espíritu humano han dejado siempre una herencia amenazada y amenazadora. No es extraño, pues, que haya que radicalizarlos si se quiere mantener su sentido. Las ciencias y técnicas modernas han confirmado, más allá de lo que se esperaba, el optimismo de la filosofía de las luces con respecto al ámbito de las capacidades humanas. Pero, a la vez, han cuestionado la confianza puesta en el hombre; confianza, que en tiempos de la revolución francesa, llegó a divinizar la razón. Nos hemos sometido al mundo, hasta el punto de movernos en todas sus dimensiones, de explotar sus recursos, de descifrar sus secretos. Pero, saqueamos los tesoros de la tierra hasta el punto de que los vamos a agotar en breve, y destruimos irreflexivamente, en nombre de nuestras necesidades, no sólo nuestro propio entorno, sino también el marco vital de las poblaciones más lejanas, las primitivas. En el preciso momento en que el hombre moderno se halla en la cima de su fuerza, cuando sondea el universo en todas sus dimensiones y es capaz de acercar por la imagen y el sonido los acontecimientos más lejanos, choca contra los límites de su humanidad. Nuestra época se distingue más que otras por su brutalidad. Por eso, los discursos que nos hablan del hombre razonable, de un mundo más o menos en orden, parecen encantamientos destinados a conjurar el miedo y la desesperación. Convendría desenmascarar de una vez los sueños engañosos del idealismo y dar la cara a la realidad para que aparezca también la codicia de una sociedad de bienestar que, confiada en sus progresos económicos y sociales, se está inclinando a una avidez desenfadada.

Somos una generación que ha pasado por el infierno de la guerra; los "media" nos convierten cada día en testigos de un mundo que para la mayoría sigue siendo un infierno: ¿no hay algo con que provocar hoy un despertar radical a un espíritu más ilustrado y lúcido? En todo caso, ¿no deberían los cristianos ser sus testigos?

Redescubrir el Evangelio

Debemos redescubrir el Evangelio para nuestro tiempo y no sacarlo ya preparado de las latas de conserva de la tradición, como a veces parece. Cristo no se contenta con abrirnos el cielo; nos abre también el corazón y nos expone de lleno al aire de este mundo. Quien cierra aquí sus ojos no podrá ver el cielo abierto. Porque las ficciones sobre el hombre van a la par con las ficciones sobre Dios. No podemos tener parte en la gloria si no, estamos dispuestos a bajar a los infiernos con el hombre de Nazaret. Aquí, desde siempre, los espíritus se han separado; es la única postura teológica válida para hoy.

II. PECADO ORIGINAL: REINO DE LA MUERTE-LEY-PECADO

Noción neotestamentaria de posesión diabólica

Cuando uno de una manera o de otra, por su entorno o por sí mismo, ha tenido que luchar con el infierno en la tierra y cuando se ha vivido a fondo el espíritu de las

"luces", ya no puede pasar por alto los relatos de curación de endemoniados del NT. No es preciso explicarlos como las concepciones antiguas. Tampoco hay que reducir la realidad de la posesión diabólica a enfermedades psíquicas o mentales. Esto supondrá abandonar al psicólogo la tarea del exegeta.

Notemos las características insólitas de los relatos evangélicos: hombres que viven entre tumbas, fuera de la comunidad de los vivos. Se complacen en la noche y en la soledad, y se oponen a Jesús para no ser curados. No aguantan la ayuda de los hermanos ni la intervención liberadora de Dios. Anticipan su muerte viviendo su vida separada del cielo, marginada sobre la tierra. Tales relatos ponen en primer plano las enfermedades de tipo psíquico, pero no es preciso distinguirlas rigurosamente de las deficiencias físicas. Estos relatos también atribuyen las enfermedades físicas a poderes hostiles; por eso acaban con fórmulas de exorcismo. En la Iglesia primitiva existía un cuerpo de exorcistas. Con todo, la teología no ha de ceñirse a ser una simple técnica de información sobre los exorcismos, sino que, en la medida en que quiera tener un sentido, debe orientarse al discernimiento y distinción de espíritus. Cuando la verdad cristiana está en juego es preciso eliminar la mentira y la superstición, y esto sí que supera de lejos la formulación de hipótesis en la línea de los historiadores de las ideas o la transmisión de una información histórica. La Iglesia también veía poderes diabólicos detrás de las fuerzas de la naturaleza. Creía también que la Pasión de Jesús y sus propias persecuciones provenían de la maldad del demonio. Sostenía incluso que, según el Apocalipsis, el imperio romano era el instrumento del anticristo, por no hablar de los herejes y fautores de desorden que la convertían en el campo de batalla de partidos contrarios. Vemos, pues, que la posesión diabólica en el NT no está limitada al campo individual. Las confesiones de fe integran afirmaciones que, en los Evangelios, se refieren a casos individuales típicos, para darles un relieve metafísico y una dimensión cósmica: nuestro mundo va mal y esto se transparenta en el plano psicológico y patológico, así como en el religioso, social y político.

Posesión y reino de la muerte

El apóstol Pablo, como hombre de su tiempo, habla sin prejuicios del tema del diablo y de sus espíritus malignos. Pero como teólogo no se contenta con describir su acción diabólica. Habla del reino de las tinieblas en el que interviene Cristo como libertador; y este reino Pablo lo caracteriza por la tríada ley-pecado-muerte, poderes diabólicos *que* esclavizan a los individuos y a la humanidad. Este estado de cosas será designado como pecado original, (hereditario) y que aquí es expresado en términos de posesión. Los relatos evangélicos habían ya delimitado su campo al hablar del reino de la muerte. Hb 2,15 describe a los hombres como seres destinados a permanecer esclavos toda la vida por el temor a la muerte. ¿Cómo presentar más adecuadamente nuestra realidad, incluso en su dimensión cósmica? ¿Existen hoy hombres, sociedades, pueblos, continentes que no vivan en un miedo espantoso, sea el miedo a los otros o al futuro, a perder el poder o el patrimonio cultural, religioso o material, el miedo a perder el trabajo, la libertad o el pan de mañana, el miedo a los tiranos, a los explotadores o a los demonios? Se paladean palabras sobre la mejora de la calidad de la vida, pero sería mejor que buscásemos honestamente cómo salir del estado de pánico que vive el mundo. En todo caso, ya es algo plantar cara al poder de la muerte: en lugar de dejarse arrastrar por el miedo, la codicia, la envidia y la embriaguez. El pánico empuja a la huida, la huida desemboca en la desesperación y en el orgullo, y produce soledad, odio y desequilibrio. No hay salida

para el que huye de la muerte. Podemos dominarlo todo, pero nuestra experiencia cotidiana es que nada dura, todo se marchita y no hay otro refugio que la propia muerte. El miedo invade el corazón y la razón; todo pierde sentido.

Posesión y reino de la ley

En el reino de la muerte, la ley también tiene su lugar. Habría que analizar más a fondo lo que Pablo quería decir al hacer esta constatación. No obstante, la simple experiencia de nuestra vida basta para que intuyamos lo que quiere decir Pablo: no es por casualidad que hablamos de rendimiento y sociedad de producción, lo cual engendra una sociedad que destruye cosas y hombres. Todo pasa, y el miedo nos lleva a explotar a fondo el momento presente, a anular posibles competidores y a prevenirnos contra las amenazas del futuro. Damos vueltas sobre nosotros mismos; nuestro egoísmo deja cada vez menos lugar a la calma, a la meditación, a lo humano. Pablo afirma que esto puede ocurrir también en la vida del cristiano y que la misma Palabra de Dios puede ser entendida como una llamada al "rendimiento" y a la autoafirmación. Basta con abrir los ojos para ver confirmado esto en nuestras Iglesias y para constatar cómo la ley suplanta, a menudo al Evangelio. Incluso en el culto se encuentra al hombre que busca lograr por sí mismo su salvación, sobre la tierra y para la eternidad; él se vale de ello para hacer alarde de su religión y de su moral ante Dios y ante el prójimo, esperando que le aplaudan y que de sus sentimientos cristianos, de sus experiencias y obras piadosas, hagan la regla del juicio final. Por eso nos fabricamos un Dios y un prójimo a la imagen de nuestros deseos y nuestras realizaciones para que sean los admiradores de nuestra propia justicia. Por eso rechazamos a todos los marginados, a todos los que viven en conflicto con ellos mismos o con el mundo, y les privamos de las promesas de las bienaventuranzas. De aquí viene que la Iglesia se divida en partidos según uno sea más o menos bueno o creyente. Sólo cuenta aquél que se impone.

Posesión y reino del pecado

A esto Pablo lo llama pecado. Porque nadie se las arregla bien con Dios intentando imponerse por sí mismo. Y si por medio de nuestras realizaciones intentamos imponer a Dios la ley e influir en los otros hombres, es también a causa del miedo a la inevitable muerte, al día en que tendremos que renunciar a todo lo que somos y presentarnos desnudos ante nuestro juez. Sólo un Dios que es gracia puede ayudar a la criatura, es decir, un Dios que no exija la prueba de nuestras capacidades, sino que reclama nuestra confianza. El pecado rechaza dar la mano para reservarse uno mismo plenamente; inspira confianza con perfidia; multiplica en la tierra las situaciones de posesión diabólica y de perdición. Nuestro comportamiento tiene consecuencias lejanas, como la piedra que tirada al agua produce círculos cada vez más vastos. Nadie puede negar a su Señor eterno sin poner al mismo tiempo en peligro el entorno terrestre. No existe el hombre neutro, el que se basta a sí mismo y sólo es responsable de sí mismo. Poner la confianza en uno mismo, en las propias ideas, en la propia técnica, es dejar su condición de creatura, es renunciar a obedecer al primer mandamiento para ponerse bajo la tiranía de los poderes que se oponen a Dios y amenazan la vida. El hombre que quiere ser autónomo no sólo proyecta sus deseos y angustias al cielo, fabricándose así sus propios dioses, sino que, a su vez, entrega la tierra, que él ha arrebatado a su verdadero Señor, a las dominaciones ideológicas y totalitarias. Cada vez que volvemos la espalda al

hombre de Nazaret y nos colocamos a nosotros mismos en el centro, volvemos a abrir las puertas a los demonios, de los que él nos ha liberado. Cuando se tienen ojos para ver, oídos para escuchar y un corazón para sufrir con todos los prisioneros, los torturados, los oprimidos, los hambrientos, vemos, oímos, soportamos la realidad de un mundo donde el pecado suscita y multiplica las posesiones diabólicas.

III. JESÚS, EL HOMBRE LIBRE

No debemos privatizar el Evangelio

Según los evangelios, el Siervo de Dios se hace un hombre entre los hombres, nuestro hermano que sufre con nosotros. Hace demasiado tiempo que hemos reducido el mensaje cristiano al amor al prójimo, que tendría como ámbito de su historia el área de lo individual y privado. Cristo se interesa por todo el hombre; interviene por su palabra y por su obra en todas las esferas de nuestra vida; por esto ha sido crucificado. Quien sólo aspira al cielo, todo lo más pasa por loco. Pero desde el momento en que el reino de Dios irrumpe en nuestra tierra, para cambiarla y poner de manifiesto que nuestra condición humana se halla en estado de posesión diabólica, todas las potencias que esclavizan al mundo se alzan en pie de guerra: Pilatos y Caifás, los fariseos y los saduceos, los escribas y las masas se tornan aliados y cómplices del proceso contra el Nazareno. Este proceso continúa hoy. Una fe bíblica que declarase sacrosanta cada palabra de la Escritura, si se abstuviese de pronunciarse es este proceso, no sería más que un factor de ceguera. Es decir, desde que el cristianismo ha sido públicamente reconocido y han surgido las Iglesias de masa, se ha entrado en un proceso sistemático de privatización del mensaje evangélico. Esto parece paradójico, pero es la característica de toda empresa religiosa: espiritualizar y privatizar el Evangelio; sacarle toda la virulencia con relación a las posesiones demoníacas en el orden político, económico y cultural; usarlo como remedio en el ámbito del psiquismo individual. Así las organizaciones que lo administran pueden gozar de libertad de movimiento.

Seguir a Jesús implica denunciar la deshumanización del hombre

La responsabilidad cristiana debe quedar claramente delimitada y definida por el hecho de que sólo el hombre y lo humano son su objeto. Esta fue su tarea en todas las épocas, y hoy más que nunca. Lo humano está siempre amenazado; no podemos hablar seriamente de seguir a Jesús si callamos frente a la deshumanización del hombre, o sí incluso contribuimos a ella. Nuestra humanidad desaparece a medida que somos engullidos por la sociedad de rendimiento y consumo, por sus técnicas, por sus conflictos nacionales o supranacionales. Compramos y producimos no lo necesario, sino lo que la publicidad nos impone, lo que alimenta nuestra riqueza y satisface nuestra sed de placer, lo que sirve para propagar nuestra ideología. Vivimos en sociedades cerradas de personas que piensan lo mismo; cerramos nuestra puerta a todo lo que podría inquietarnos, a todo lo que podría obligarnos a reducir nuestro tren de vida para venir en ayuda de las víctimas de la injusticia. Aquí es donde el hombre de Nazaret aparece como un aguafiestas: toma partido por los excluidos de nuestra prosperidad y critica, en particular, a la comunidad religiosa porque opone a la voluntad de Dios y a lo humano la letra y la regla de la tradición. Revela que no hay sólo miseria y pecado, sino también

posesión diabólica: las criaturas caídas por su desgracia en el poder de la muerte y de las tinieblas.

La libertad y el compromiso histórico

La libertad es obra de Dios, es la salvación que proclama el Evangelio. Pero casi siempre el cristianismo ha estado al lado de las instituciones que garantizan la estabilidad social, basándose siempre en Rm 13. Así se ha llegado, al menos en occidente, a una alianza casi indisoluble con la burguesía, que elige con preferencia el comportamiento cultural y religioso para calibrar el nivel social. Con todo, hay también Iglesias que desde siempre se han mezclado con los movimientos nacionales, sociales y culturales y eran entonces tan revolucionarias como hoy lo son la teología negra de EEUU, la teología de la liberación... Rehusar de entrada que el Consejo Ecuménico apoye los combates de liberación, declarando no cristiano este apoyo, es leer la Biblia unilateralmente. Tienen razón los que dicen que Jesús no ha sido nunca un revolucionario, aunque haya sido crucificado con los revolucionarios. Sin caer en la pedantería deberíamos preguntarnos cómo Jesús ha podido verse mezclado con personas culpables de alta traición. Si él se hubiese encerrado dentro del espíritu pequeño-burgués de su tiempo y en la piedad conservadora del judaísmo, como lo hace la mayoría en las Iglesias que conocemos, él no se hubiera arriesgado al patíbulo. Tampoco parece que se lean ya los escritos revolucionarios de los profetas, del Bautista, de Juan el Vidente, de Santiago. ¿Es que los hemos olvidado? ¿Cómo olvidar que en la predicación bíblica Dios es enemigo de los autosuficientes y satisfechos, de los que ponen su corazón en la riqueza material o espiritual, que Dios destrona a los tiranos y ensalza a los humildes y destruye la figura de este mundo? Los escritores bíblicos son subversivos, sus palabras, revolucionarias. Todas las revoluciones se han apoyado en ellas y han producido nuevas reformas y revoluciones en la Iglesia. Hoy, ante la amenaza de embotamiento en nuestra sociedad de bienestar, es vital para nosotros y para nuestro tiempo escuchar las voces del AT y NT que incitan a la revolución mucho más que las melodías soporíferas que justifican la ley y el orden de la gente situada. Para los que saben que el Siervo de Dios ha descendido a los infiernos por nosotros, que ha muerto en el Gólgota, el no actuar de modo que seamos vistos y oídos, y esto en nombre de la libertad divina, es renegar del Evangelio, es abusar de la Biblia y de la fe cristiana, es ser infiel a la obra de la Iglesia.

La libertad divina es la verdad del Evangelio

Así habla la carta a los Gálatas. Esta libertad abre brechas en los dominios de los privilegiados, alcanza a los marginados y a los prisioneros de las tinieblas como una fuerza de la liberación. Su objetivo es resucitar a los muertos ya en esta tierra; se alza no sólo contra la tiranía y la ignorancia, sino también contra las múltiples formas de posesión que esclavizan a los hombres: las posesiones físicas y psíquicas, económicas, sociales, ideológicas y religiosas. La resurrección de los muertos ha de tener desde ahora y entre nosotros su prelude, porque es mucho más que una mentira piadosa destinada a consolar a los que viven frustrados aquí abajo y que, privados de todo refugio, se aferran a unas ilusiones. Las curaciones de endemoniados son en los evangelios el prelude de la resurrección de los muertos, al mismo tiempo que su garantía aquí en la tierra. Dios es el Señor cuando los demonios retroceden y cuando el

mundo de los cementerios ya no representa más la última realidad de nuestra vida. En una época en que se destinan centenares de millones no para combatir la miseria del mundo subdesarrollado, sino para preparar la guerra, ¿quién se atreverá a negar en serio la posesión diabólica? En nuestra sociedad de bienestar, en la que el deseo del éxito, del placer y las riquezas esconde un miedo profundo que hace presa de los individuos cada vez que se les tocan sus privilegios para distribuir a los explotados y hambrientos lo que sólo es una miserable limosna (0,3 % en Alemania!), ¿no manifiesta este miedo una posesión diabólica? También se da en la Iglesia esta posesión diabólica: oponiéndonos al Ecumenismo continuamos dividiendo el Cuerpo de Cristo, con el pretexto de salvaguardar la herencia confesional o solapada de piadosas sutilezas sobre los criterios de la creencia personal; se practica en ella el conformismo y el compromiso con el orden establecido; nos dejamos contaminar por las angustias de la sociedad burguesa. Ahora bien, la resurrección de los muertos es el hombre que recupera su humanidad; el hombre que por culpa suya y por fatalidad era retenido esclavo del miedo y del orgullo vuelve a ser humano, libre para Dios y para el prójimo.

Esto comienza precisamente en la tierra, en el momento en que el hombre de Nazaret cura a los poseídos. Vence a los que se le resisten y quieren permanecer inhumanos, diciéndoles: ¡sígueme! El abre los ojos y los oídos que hasta entonces sólo estaban abiertos a sus propios deseos o miedos. Nos toma de la mano y nos hace salir de este mundo cerrado donde nos atrincheramos con nuestros compañeros de miseria y con nuestras ilusiones, para llevarnos al aire libre, bajo el cielo de Dios y al servicio de la tierra. Los demonios y sus manifestaciones cambian de forma según las épocas, las circunstancias y los fantasmas de los hombres. Sin embargo, se da la curación de una posesión cada vez que las criaturas no viven, ni mueren para ellas mismas, sino que abren su corazón a su Creador y a sus hermanos, cada vez que vuelven a encontrarse en compañía de aquellos a quienes están destinadas las bienaventuranzas y se dejan arrastrar al seguimiento del hombre de Nazaret hacia el futuro desconocido de su Señor, en la aventura de una humanidad que sigue siempre arriesgándose. En medio de un mundo lleno de tumbas, de fantasmas y de ídolos, ya hay un cielo abierto y una tierra abierta para acogerles.

Tradujo y extractó: IGNASI RICART